

La Cruz del Puerto Trigueros



Leyenda popular

Este relato a modo de leyenda, se ha ido transmitiendo de generación en generación a través del tiempo desde por lo menos el siglo XV cuando estaba habitada todavía la antigua aldea de El Portichuelo.

Gracias a que fue recogida por escrito en el año 1905, se evitó que se perdiera en la memoria de los más ancianos y llegara hasta nosotros.

Plasmamos primero la narración en la caligrafía original y luego la transcribimos para que resulte más cómoda su lectura.



La Cruz del Puerto Brigueros



No es cuento lo que os voy a referir;

Es una historia de cuya autenticidad responden las viejas crónicas que hasta mí llegaron:

Hace ya muchos años, tantos, que desde entonces, a la fecha he envejecido, siendo yo muy niño, todavía, jugaba una tarde con otros muchachos en el ((porche)) lugar preferido por nosotros para nuestros recreos infantiles.

En la puerta de la iglesia, hallábase sentada la tía María ((Bocadito,))

Era la tía María la más viejecita del lugar, tenía cerca de cien años, el pelo blanco, la barba puntiaguda tocando casi a la nariz, los ojos como de risa y la voz muy tem-

-blona.

Todos sabíamos porque ella no se causaba de recordarlo, que de niña había trabajado auxiliando a los peones en la edificación de la Iglesia de nuestro pueblo y que ya de mujer, vio cruzar por estas calles las agueridas tropas Napoleónicas, aquellos dragones altos arrogantes y fornidos cuyos corceles sacaban con sus cascos chispas del empedrado.

El más vivaracho de nosotros, reparando en la tía María acercóse a ella diciéndole.

- Usted que todo lo recuerda ¿sabe que significado tiene la Cruz del (Puerto Triguera)?

Con una venévola sonrisa, acogió la interrogada, aquella pregunta y llamándonos hacia sí, dijo con voz cascada y temblona.

Venid y escuchad la historia, que voy a contaros.

Todos nos apresuramos a poner oído atento

a lo que iba a decidirse y ella, después de una pequeña pausa, prosiguió de esta suerte.

En tiempos muy remotos grandes y espesos breñiles cubrían los montes y las llanuras desde el cabero de los «Guijos» hasta el arroyo de la «Biesa».

Manadas de hambrientos lobos y de fieros jabalíes, buscaban seguro refugio bajo los añosos troncos de seculares matas de charueca. Enormes valses de adelfas y raras aprisionaban el cauce de las riberas (del Agustín) y del arroyo de (Papachanes). Jamás nadie por valeroso que fuera osó nunca rebasar aquellos inaccesibles contornos, ni mucho menos cruzar sus ocultos senderos donde nunca el sol penetrara.

Únicamente el sanguinario «Perentón» con su cuadrilla de foragidos, dominaba como señor absoluto en aquellos matorrales. La contrami-

una del "Silillo" serviales de madriguera y en una de sus galerías guardaban el fruto de su diaria rapina.

La crueldad de aquellos temibles bandidos, tenía presa de terror y espanto a los habitantes de toda la comarca, pues no pasaba un día, sin que la triste crónica de sus fechorías registrase un caso de bestia ferocidad. Y ocurrió un día que Martina, la zagala más bonita de la antigua aldea del Portachuelo que apacentaba con su pequeño rebaño de ovejas a dos tiros de ballesta de los linderos del monte, lloraba con lágrimas de gran dolor la pérdida de su ovejita preferida, aquella del vellón blanco como el ayo de la nieve que coqueteara y mimosa cogía de sus manos los mangos de fresca y bien oliente hierba conque ella sabía obsequiarla.

Censurosa de provocar el enojo del tío Benito
 el viejo pastor que allí en la duera la espe-
 -raba la pobrecilla muchacha sin cesar de
 llorar anduvo mucho buscando por todo el valle
 a su pobrecita "Ligera" nombre conque solía
 llamar a la ~~oja~~ ovejita escarriada.

De vez en cuando paraba sus pasos y con-
 teniendo hasta la respiración escuchaba muy
 atentamente pero nunca oía el dulce valido
 de su pobre amiga.

Van fuera de sí anduvo la linda pastorci-
 -lla que sin darse cuenta de ello se internó
 en el monte donde a poco fue sorprende-
 da por uno de los carifeos del vandido "Pe-
 -rentón". La desgraciada Martina lloró
 raudales de lágrimas pero ni estas ni sus
 tiernas súplicas lograron conmovier el co-
 -razón de la hiena y sin que nadie pu-

-diera venir a defenderla viose pronto perdido el conocimiento prisionera entre los brazos de aquel malvado y a poco brutalmente transportada a la cueva del capitán de la partida.

Ningún presente, el botín más rico, no le hubiera recibido el "Perentón" con mayores muestras de contento que el que entonces le ofrecía la perversidad de su camarada.

Más tarde aquel cuerpo purísimo de nacarado brillo como el alabastro y de moribundas como las ideas el deseo había sido profanado con el asqueroso contacto del hombre sin entrañas.

Aquella virginales labios sintierouse abrasados por el fuego de ~~de~~ ardientes besos de ciega y feroz voluptuosidad. Transcurrieron algunos días y la desventurada Martina cayó.

vencida bajo el peso de una gran melancolía.
 Los vándidos más respetuosos con los despojos
 de la muerte que con la desgracia viva sepul-
 taron su cuerpo en una de las covachuelas de
 la mina y tapieron su estrecha y negra
 entrada.

.....

Desde entonces todas las noches al toque de
 ánimas luscientes fosforescencias se agitaban de
 un lado para otro en el lugar del monte
 donde el vándido sorprendió a Martina y el
 viento llevaba a los prados cercanos mil con-
 fusos ruidos ayes de dolor y gritos de desesperación.
 El miedo que aquellas fantásticas apari-
 ciones causaba a todos los habitantes de las
 próximas aldeas decididos a consultar el caso
 con el cura del Cerro pueblo allí cercano

hombre que tenía fama de virtuoso y de muy versado en teología. El buen padre después de largo meditar puso ~~en~~ conocimiento a los amedrentados campesinos de que aquellas forforencias era el alma de la infortunada Estar-tina que vagaba errante hasta que la piedad de los hombres dedicara algún recuerdo a su memoria. El día siguiente fue puesta la primera piedra del pedestal sobre el que se alza hoy la "Cruz del Puerto Trigueros" -recuerdo a la memoria de la pobre zagala de la más bonita de la aldea del Portachuelo ::::

Acto 21 de Junio de 1905

Es copia de Ana Arrecedo Coude
por su hermana Maria hoy
día 3 de Julio de 1937



NARRACIÓN.

“A la puerta de la iglesia hallábase sentada la tía María Bocaíto, de cerca de cien años.

Era la tía María la más viejecita del lugar, tenía cerca de cien años, el pelo blanco, la barba puntiaguda tocando casi a la nariz, los ojos como de risa y la voz muy temblona.

Todos sabíamos, porque ella no se cansaba de recordarlo, que de niña había trabajado auxiliando a los peones en la edificación de la iglesia de nuestro pueblo y que ya de mujer, vio cruzar por estas calles las aguerridas tropas napoleónicas. Aquellos dragones altos, arrogantes y fornidos, cuyos corceles sacaban con sus cascos chispas del empedrado.

El más vivaracho de nosotros, reparando en la tía María acercase a ella diciéndole: -usted que todo lo recuerda, ¿Sabe qué significado tiene la Cruz del Puerto Trigueros?

Con una benévola sonrisa, acogió la interrogada aquella pregunta y llamándonos hacia sí, díjonos con voz cascada y temblona, venid y escuchad la historia que voy a contaros.

Todos nos apresuramos a poner oído atento a lo que iba a decirnos y ella después de una pequeña pausa, prosiguió de esta suerte.

En tiempos muy remotos, grandes y espesos breñales cubrían los montes y las llanuras desde el cabezo de “Los Guijos” hasta el arroyo de “La Tiesa”.

Manadas de hambrientos lobos y de fieros jabalíes, buscaban seguro refugio bajo los añosos troncos de seculares matas de charneca. Enormes balsas de adelfas y zarzas, aprisionaban el cauce de las riberas “del Agustín” y del arroyo de “Papachanes”. Jamás nadie por valeroso que fuera, osó nunca rebasar aquellos inaccesibles contornos, ni mucho menos cruzar sus ocultos senderos donde nunca el sol penetrara.

Únicamente el sanguinario “Perentón” con su cuadrilla de forajidos, dominaba como señor absoluto en aquellos matorrales.

La contramina del “Silillo”, servíales de madriguera y en una de sus galerías guardaban el fruto de su diaria rapiña.

La crueldad de aquellos terribles bandoleros, tenía preso de terror y espanto a los habitantes de toda la comarca. Pues no pasaba un día, sin que la triste crónica de sus fechorías registrase un caso de bestia ferocidad.

Y ocurrió un día que Martina, la zagala más bonita de la antigua aldea del Portachuelo que apacentaba con su pequeño rebaño de ovejas a dos tiros de ballesta de los linderos del monte, lloraba con lágrimas de gran dolor la pérdida de su ovejita preferida, aquella del vellón blanco como el ampo de la nieve que coquetona y mimosa, cogía de sus manos los manojos de fresca y bien oliente hierba con que ella sabía obsequiarla.

Temerosa de provocar el enojo del tío Benito, el viejo pastor que allá en la choza la esperaba; la pobrecilla muchacha sin parar de llorar, anduvo mucho buscando por todo el valle a su pobrecita “Ligera” nombre con que solía llamar a la ovejita descarriada.

De vez en cuando paraba sus pasos y conteniendo hasta la respiración escuchaba muy atentamente, pero nunca oía el dulce balido de su pobre amiga.

Tan fuera de sí anduvo la linda pastorcilla que sin darse cuenta de ello se internó en el monte, donde a poco fue sorprendida por uno de los corifeos del bandido “Perentón”.

La desgraciada Martina lloró raudales de lágrimas, pero ni estas ni sus tiernas súplicas lograron conmover el corazón de la hiena y sin que nadie pudiera venir a defenderla, viose pronto perdido el conocimiento, prisionera entre los brazos de aquel malvado y a poco brutalmente transportada a la cueva del capitán de la partida.

Ningún presente, el botín más rico, no le hubiera recibido el “Perentón” con mayores muestras de contento que el que entonces le ofrecía la perversidad de su camarada.

Más tarde aquel cuerpo purísimo de nacarado brillo como el alabastro y de morbideces como las ideara el deseo, había sido profanado con el asqueroso contacto del hombre sin entrañas.

Aquellos virginales labios, sintieronse abrasados por el fuego de ardientes besos de ciega y feroz voluptuosidad. Transcurrieron algunos días y la desventurada Martina cayó vencida bajo el peso de una gran melancolía.

Los bandidos, más respetuosos con los despojos de la muerte que con la desgracia viva, sepultaron su cuerpo en una de las covachuelas de la mina y tapiaron su estrecha y negra entrada.

Desde entonces todas las noches al toque de ánimas, lucientes fosforencias se agitaban de un lado para otro en el lugar del monte donde el bandido sorprendió a Martina y el viento llevaba a los prados cercanos, mil confusos ruidos, ayes de dolor y gritos de desesperación.

El miedo que aquellas fantásticas apariciones causaba a todos los habitantes de las próximas aldeas, decididos a consultar el caso con el cura del Cerro, pueblo allí cercano.

Hombre que tenía fama de virtuoso y de muy versado en teología. El buen padre después de largo meditar, puso en conocimiento a los amedrantados campesinos de que aquellas fosforencias, era el alma de la infortunada Martina que vagaba errante hasta que la piedad de los hombres dedicara algún recuerdo a su memoria.

Al día siguiente fue puesta la primera piedra del pedestal sobre el que se alza hoy la “Cruz del Puerto Trigueros” recuerdo a la memoria de la pobre zagala, de la más bonita de la aldea del Portachuelo.

Alosno a 21 de junio de 1,905

Es copia de Ana Arreciado Conde por su hermana María hoy día 3 de julio de 1937.



JULIEN DUPRÉ —



La Cruz hoy día no
existe, y hasta hace
unos años
había un **peñasco**
donde hoy está la
pista hípica camino
del cementerio, en el
que las mujeres
pintaban cada año una
cruz con cal.



Resto de la peana de la Cruz del Puertotriguero.



*Lugar donde estaba
la Cruz*

Sería de gran valor para nuestro patrimonio cultural, recuperar esa
“Peana con su Cruz” y perpetuar en el tiempo esta bella leyenda.

Cruz del Puerto Trigueros

Trabajo de investigación y
recopilación:

*Antonio Blanco
Bautista*

